



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Núm. 1.131

Domingo XXIV T. O

2019.09.15

Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

DIOS SE ARREPIENTE

En ninguna otra parábola ha querido Jesús hacernos penetrar tan profundamente en el misterio de Dios y en el misterio de la condición humana. Ninguna otra es tan actual para nosotros como ésta del "Padre bueno".

El hijo menor dice a su padre: «*dame la parte que me toca de la herencia*». Al reclamarla, está pidiendo de alguna manera la muerte de su padre. Quiere ser libre, romper ataduras. No será feliz hasta que su padre desaparezca. El padre accede a su deseo sin decir palabra: el hijo ha de elegir libremente su camino.

¿No es ésta la situación actual? Muchos quieren hoy verse libres de Dios, ser felices sin la presencia de un Padre eterno en su horizonte. Dios ha de desaparecer de la sociedad y de las conciencias. Y, lo mismo que en la parábola, el Padre guarda silencio. Dios no coacciona a nadie.

El hijo se marcha a «*un país lejano*». Necesita vivir en otro país, lejos de su padre y de su familia. El padre lo ve partir, pero no lo abandona; su corazón de padre lo acompaña; cada mañana lo estará esperando. La sociedad moderna se aleja más y más de Dios, de su autoridad, de su recuerdo... ¿No está Dios acompañándonos mientras lo vamos perdiendo de vista?

Pronto se instala el hijo en una «*vida desordenada*». El término original no sugiere sólo un desorden moral sino una existencia insana, desquiciada, caótica. Al poco tiempo, su aventura empieza a convertirse en drama. Sobreviene un «*hambre terrible*» y sólo sobrevive cuidando cerdos como esclavo de un extraño. Sus palabras revelan su tragedia: «*Yo aquí me muero de hambre*».

El vacío interior y el hambre de amor pueden ser los primeros signos de nuestra lejanía de Dios. No es fácil el camino de la libertad. ¿Qué nos falta? ¿Qué podría llenar nuestro corazón? Lo tenemos casi todo, ¿por qué sentimos tanta hambre?

El joven «*entró dentro de sí mismo*» y, ahondando en su propio vacío, recordó el rostro de su padre asociado a la abundancia de pan: en casa de mi padre «*tienen pan*» y aquí «*yo me muero de hambre*». En su interior se despierta el deseo de una libertad nueva junto a su padre. Reconoce su error y toma una decisión: «*Me pondré en camino y volveré a mi padre*».

¿Nos pondremos en camino hacia Dios nuestro Padre? Muchos lo harían si conocieran a ese Dios que, según la parábola de Jesús, «*sale corriendo al encuentro de su hijo, se le echa al cuello y se pone a besarlo efusivamente*». Esos abrazos y besos hablan de su amor mejor que todos los libros de teología. Junto a él podríamos encontrar una libertad más digna y dichosa.



VOLVERÉ AL PADRE

Lucas 15, 1-32. En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: —Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: —¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarrizada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: «¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido». Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: «¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido»...

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación

El perdón no es fácil; solo debemos pensar en esa frase terrible: «Ni olvido ni perdonó», que no es en absoluto cristiana; o en esta otra, que rebaja solo un poco el nivel de la resistencia a perdonar: «Perdonó, pero no olvido». En ambos casos, no perdonamos. Ahora bien, ¿es posible perdonar? ¿No es, acaso, una forma de quedar bien, pero que no se puede llevar a cabo?

Nos preguntamos

¿Recuerdo cuándo, cómo y a quién le he pedido perdón alguna vez porque le haya ofendido? ¿Recuerdo quién me ha pedido en alguna ocasión perdón y cuál era el motivo de nuestro enfado? ¿Se puede perdonar del todo, o es un ejercicio psicológico, moral y espiritual imposible? ¿Cómo me quedo yo cuando perdono de corazón? ¿Cómo se queda la otra persona cuando le digo que le he perdonado?

Nos dejamos iluminar

El evangelio de san Lucas insiste, de forma recurrente, en la misericordia de Dios. El Dios del cielo, el creador, el Salvador, el Santo, no es cruel sino misericordioso. Dios es Dios, sí, pero un Dios que «busca la oveja perdida» porque se ha perdido, solo por eso; que barre la casa hasta que encuentra una monedita extraviada; que sale a buscar al hijo que un día le dijo «adiós, me voy de casa».

Seguimos a Jesucristo hoy

El seguimiento de Jesús hoy supone el haber sido perdonado y el atreverse a perdonar. Esta propuesta no es una propuesta del mundo globalizado. Escucharemos llamadas tales como: «Sé competitivo», «Hazte a ti mismo», «Lucha hasta el final» ..., y otras semejantes. Pero los mensajes globales no nos dirán «perdona a tu enemigo» o «Dios te perdonó». Esta es, sin duda, una de las grandes aportaciones de los cristianos a esta sociedad.

Proclamamos la Palabra: Lucas 15, 1-32